

SABIDURÍA DE LA CRUZ

Introducción

Una de mis meditaciones favoritas, entendiéndolo por “favoritas” aquellas que más bien han reportado a mi experiencia de estar vivo, al deber de ser fiel a mí mismo y a la misión encomendada, ha sido, sin la menor duda, la meditación sobre la Cruz de Cristo.

En ella aprendí, en primer lugar, que todo sufrimiento, por duro que sea, que viene de un amor fuerte y puro (es decir, apasionado), no es un sufrimiento aplastante para aquel que lo soporta, sino antes bien, reconfortante y estimulante en el camino del conocimiento propio y de la liberación de falsas concepciones de la vida.

Aprendí que es imposible amar sin sufrir, y que el miedo al sufrimiento, nos hace estériles en el verdadero amor a la vida, a sí mismo y a los demás.

Aprendí que nada noble, justo ni verdadero de este mundo, está al alcance del humano que rechaza (que no abraza) el sufrimiento anejo a su consecución y defensa.

Aprendí mucho, y sé que todavía me queda mucho más por aprender.

Por eso -y San Pablo nos guía en su comprensión-, no he dudado en llamar a esta meditación Sabiduría de la Cruz. Sabiduría que me hace -y puede hacer a muchos- saborear en relación con su propia realidad temporal, en medio de sus búsquedas, fracasos y experiencias gozosas, que el sufrimiento -la Cruz- no rehusado por amor, nos arroja junto con Jesús de Nazaret, en los brazos del Padre, donde adquirimos la certidumbre de que es verdad: la Cruz es luz de amor y fuerza de esperanza.

En un Mundo como el nuestro, tan lleno de cruces, que pesan sobre todo en los hombros de los más débiles, no hay más luz ni más fuerza que las que brotan de compartir en solidaridad las cruces de los últimos, desheredados y marginados.

En una Iglesia como la nuestra, enfrentada a tantas dificultades a la hora de anunciar la Buena Noticia de Jesús, la Cruz aceptada generosamente, será su más convincente manera de comunicar al Mundo el Amor de Dios que nos salva. Una Iglesia Crucificada con Cristo es la única que puede aportar fe y esperanza entre los humanos en esta hora de la Historia (y siempre).

La más grande revelación del Dios Viviente es Cristo Crucificado

“Locura para los que se pierden.

Pero Dios tuvo a bien salvar a los que creen en esta locura que predicamos.

Para los judíos es escándalo.

Para los paganos, una locura.

Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres.

Y la debilidad de Dios más potente que los hombres”

(1 Cor 1, 18-25)

Desmenucemos esta verdad de fe.

Según san Pablo, locura y perdición van unidas. Y es que no deja de ser una gran demencia no aceptar la salvación que Dios nos da gratuitamente.

Lo más importante que Dios quiere decirnos de sí mismo, a fin de que cultivemos adecuadamente la imagen Suya que somos, está encerrado en la Revelación de la Cruz.

Revelar es dar a conocer algo que supera a nuestras solas fuerzas, que supera la luz de la razón natural (aunque no la anula).

Dios nos da a conocer lo más grande (profundo, misterioso, sublime) de sí mismo en el Crucificado. La Palabra Eterna, consubstancial al Padre, se ha dicho en la historia de los hombres, de forma definitiva y total, como Amor que prefiere morir antes que matar.

Dios sufre en sí la muerte del hombre, haciéndose solidario con todas las muertes; pero, al llenarla con su Amor, al recibir la muerte en su Vida Inmortal, nos descubre que:

1. **La vida es para entregarla**, venciendo todo temor a la muerte, mediante la confianza sin límites (abandono) en los brazos del Padre
2. **El mal sólo se vence con el bien**. Con su perdón en la Cruz a los que lo habían crucificado (y en ellos, a toda la humanidad), vence definitivamente el pecado de los hombres en sus consecuencias de frustración y de muerte eterna. Perdonando nos muestra que el amor es más fuerte que la muerte.
3. **El verdadero amor se reviste de debilidad**, y nunca de fuerza. Debilidad en Cristo significa: tener necesidad del otro, de los otros, y no querer imponer lo mío a los demás, ni siquiera en el caso del bien ofrecido.
4. **La fidelidad del hombre a sí mismo y a la misión recibida**, pasa existencialmente por la aceptación del fracaso. ¡No la frustración! El fracaso según los valores y criterios de este mundo que pasa, es la confirmación de que nuestro reino no es de este mundo (cf Jn 18,28-38).
5. **La muerte ha dejado de ser el punto final o paradero de una vida en el amor**. para convertirse en su condición. El que ama sabe morir a sí mismo en su entrega diaria.

Viviendo, pues, de acuerdo con estos cinco contenidos de la revelación/sabiduría de la Cruz, me pareceré más a Dios, es decir, dejaré que se transparente más en mi vida la imagen de Dios que la preside; seré más fiel a mí mismo, y descubriré que en dicha fidelidad se encierra la verdadera sabiduría humana.

Sabio, según la revelación de Dios en Cristo, es el que no quiere ser en nada distinto de como Dios lo ha pensado. Y, en consecuencia, sabe recibirse a sí mismo de Dios en todos los acontecimientos de su existencia. La irrupción de la Cruz en el devenir de nuestra vida, indica un nuevo avance o crecimiento en el camino de llegar a ser yo mismo. La Cruz rechazada me aleja de mí mismo, y por eso, de Dios.

* * *

Esta revelación de la Cruz de Cristo exige ser lo más importante para cada uno de nosotros

“Decidí ignorarlo todo, excepto a Jesucristo, y concretamente a Jesucristo Crucificado” (ib 2,2).

Que la revelación/sabiduría de Cristo Crucificado es lo más importante para mí quiere decir que:

1. **A su meditación y contemplación debo dedicar mis mejores momentos.** Mirar mucho a la Cruz de Cristo. Templarme con la Cruz de Cristo, para que sus valores/contenidos me sostengan y pacifiquen.
2. **Debe ser el punto de referencia de todas mis actividades,** buscando que no nieguen jamás ni afeen, con mi talante activo, el significado de la Cruz. ¿Cómo puede mi talante activo negar o afean la belleza de la Cruz de Cristo? Toda actitud o actividad que no nace del amor gratuito y lo expresa, ya la está negando.
3. **No puedo ambicionar éxitos temporales donde Él cosechó fracasos.** Es decir, no puedo entregarme a la construcción del Reino de Dios en este mundo amparado o dependiendo de los resultados exitosos, triunfalistas. La eficacia del amor no se manifiesta normalmente en los éxitos temporales, sino en el crecimiento interior de la persona que lo vive. El Reino de Dios avanza por la locura de la Cruz, es decir, por la entrega que no busca el reconocimiento social ni ningún tipo de recompensa temporal.
4. **Debo aceptar que, los que no tienen el pensamiento de Cristo (ib 2,16), no me comprendan,** y aun lleguen a despreciarme. Lo más importante para mí no es caer bien a todos, sino no traicionar el Espíritu de Cristo (cf ib 2,6-16).

* * *

Esta revelación se vive como don del Espíritu

“Nos lo ha revelado Dios por medio del Espíritu” (ib 2,10)

En haber recibido y aceptado este don del Espíritu -la Sabiduría de la Cruz- , como fuerza única de salvación de parte de Dios, consiste el estar evangelizado.

El hombre evangelizado sabe que:

1. Sólo Dios salva

Lo sabe, no por una idea de lo que es la salvación, que él acepta plenamente en la obediencia de la fe, sino porque él ya se siente salvado. La salvación de Dios es una realidad en su vida.

El hombre evangelizado no puede dejar de proclamar con la mejor conciencia de sí mismo que, donde hay salvación/liberación, allí está Dios.

Que sólo Dios salva, cabe ser dicho alterando las dos primeras palabras, con el mismo pleno sentido de fe: Dios, sólo salva. ¡Dios nunca condena!

Para condenarnos a una muerte eterna, jamás nos hubiera dado la vida temporal.

Para condenarnos por nuestros delitos, jamás hubiera muerto en la Cruz proclamando el perdón para toda debilidad e ignorancia humanas.

No puede ser más poderoso el pecado de la criatura con sus consecuencias de muerte, que el Amor del Creador encarnado en la misma humanidad pecadora, y encarnado precisamente para liberarla del pecado y sus secuelas.

Sólo Dios salva, porque es Amor sin límites.

No hay salvación fuera del amor.

2. **La salvación que viene de Dios se vive de dentro a fuera**

Todo aquel que se sabe ya salvado por el Amor de Dios, proyecta amor y salvación a través de todas sus miradas.

Al sentir mi corazón inundado de su Amor, el mundo entero, la vida con todos sus acontecimientos, son percibidos de otra manera. Hay una manera de ver la realidad desde el corazón iluminado por el Amor de Dios, que dista mucho de la mirada pesimista, desconfiada, negativa, desesperanzada.

Si yo -criatura tan débil, limitada, tan poco agradecida-, me siento y me vivo como salvado por el Amor Gratuito de Dios, que tan abundantemente se me ha dado por la fe en Cristo, ¿cómo es posible que el mismo Amor que se me muestra tan desbordantemente generoso, tan incondicionalmente deseoso de la salvación de todos, no esté salvando toda realidad perdida?

Donde hay verdadero amor -amor que sirve a los más pequeños, amor que da la vida por los demás-; donde se da siquiera una gota de amor puro, amor gratuito, allí está Dios. Aunque dicho amor se vea rodeado de muerte.

¡Cuanta salvación por el Amor contempla la mirada que proyecta al mirar la alegría de saberse ya salvada!

3 **Abrazado a la Cruz de Cristo se es más consciente de dicha salvación**

Y es que el cristiano no puede vivir de otra manera: abrazado a la Cruz de Cristo en las pequeñas o grandes cruces que el amor a la vida, el amor a mis hermanos, me pide día a día, seré más consciente de que la Salvación es un hecho en marcha, imparable y presente en el corazón o profundidad de todo ser y acontecer del mundo.

Saborearé dicha salvación universal en relación con mi propia vida. Toda criatura y cualquier suceso me traen algo de la Salvación de Dios si yo estoy suficientemente receptivo, hambriento del Amor que nos salva. Pero también, todos los seres del universo esperan algo de mí, de mi actitud respetuosa, de mi capacidad de admiración ante sus bondades, de mi disponibilidad a colaborar con sus fines.

Abrazado a la Cruz de Cristo, la Cruz del Amor gratuito y universal, la Cruz del perdón y la misericordia, la Cruz que ha derribado todo muro de enemistad y ha inaugurado la Paz como abrazo de los contrarios (cf Col 1,20; Ef 1,1-10; 2, 11-22).

Seré más consciente de dicha salvación. Porque la Salvación en Cristo que el Padre nos ha revelado por el Espíritu, es ya una fuente de gozo contagioso en mi corazón. Una fuente que se alimenta y renueva día a día en la contemplación de amor, siempre abrazado a la Cruz de Cristo (¡al Cristo de la Cruz!).

* * *

Evangelizar es poner la Cruz de Cristo en el corazón de la vida

Tal vez, más que ponerla, sería descubrir que ya está allí, en el meollo de todos los acontecimientos humanos. Que Jesús ya está sufriendo en todo sufrimiento humano, especialmente en los sufrimientos injustos que unos hombres acarrearán a otros.

Poner la Cruz de Cristo en la vida, equivale a anunciar con entusiasmo y riesgo, que Dios ama la vida y a todos los vivientes del cosmos. Porque la Cruz es el Amor mismo que vence la muerte, que apuesta por la vida. Porque la Cruz es el Amor que no niega nada necesario para dar vida al mundo.

Para un creyente en Cristo, es imposible anunciar o comunicar la Vida (con mayúscula), sin estar muriendo en el mismo acto de anunciar y comunicar.

Esto significa que:

1. **El testimonio evangélico es la primera y más eficaz evangelización**

Hablar de testimonio equivale a hacerlo de nuestra manera de ser hombres entre los hombres, sin negar nada auténticamente humano.

Nuestro modo de vivir en las entrañas del mundo, es lo que nos hará o dejará de hacer, que seamos levadura en la masa (Mt 13,33), luz del mundo, sal de la tierra (Mt 5,13-16).

Si no arrancamos del testimonio, resulta inútil todo otro planteamiento evangelizador. La Palabra hecha Carne sólo se comunica encarnada en las necesidades reales de los hombres concretos y de las situaciones históricas que atravesamos. Es, pues, en las encrucijadas del mundo donde se siembra la Palabra de Vida y Salvación.

La Cruz del compromiso liberador, la Cruz de la encarnación en los últimos, la Cruz de la solidaridad con los despojados de la historia, es la base y condición de toda empresa evangelizadora y eclesial. Porque evangelizar es llevar (compartir) el Amor de Dios a quienes más lo necesitan.

Amar a quienes Dios ama, es amar a Dios y amar en Dios.

2. **La predicación cristiana se basa en una experiencia**

Porque se trata de eso: de compartir con otros

*“lo que existía desde el principio,
lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos
lo que contemplamos y palparon nuestras manos
-hablamos de la Palabra, que es la Vida,
porque la Vida se manifestó, nosotros la vimos,
damos testimonio y os anunciamos la Vida Eterna,
que estaba de cara al Padre y se manifestó a nosotros-;
eso que vimos y oímos os lo anunciamos ahora
para que estéis vosotros en comunión con nosotros;
pero además, esta comunión nuestra,
lo es con El Padre y con su Hijo, el Cristo.
Os escribimos esto
para que nuestra alegría llegue a su plenitud” (1 Jn 1,1-4).*

Donde no se comparte dicha experiencia, la del Verbo de la Vida, conocido y amado como gozo de la Salvación plena que Dios me regala -aunque todavía en proceso de crecimiento indefinido-, no hay verdadera -eficaz- evangelización.

Antes decíamos *sólo Dios salva*, pues bien, ahora matizamos, tal Salvación es una experiencia íntima, inconfundible e incomparable con otras experiencias, que afecta al sentido global de mi existencia, que me revela el altísimo valor de mi vida para Dios, y me llena de una confianza ilimitada en su inquebrantable ternura para conmigo y con toda la Creación.

El gozo de sentir -gustar en mi propio ser- esta Salvación es lo que me hace evangelizador, incluso al margen de cuales sean mis actividades entre los hombres.

Al sentirme amado/curado por Dios en mis propias miserias, tal como soy y sin necesidad de tener que cambiar para que Dios me ame (¿cómo podría curarme si no tuviera heridas, enfermedades?), se me conduce a aceptarme gozosamente en mi realidad total.

Dios que comparte mis cruces personales, las de mis límites y pobreza radicales; Dios que es la Gracia que le basta a mi debilidad reconocida y aceptada en abandono a su Misericordia (cf 2 Cor 12,1-10), me hace saber que Él también comparte todas las cruces de la humanidad histórica; y que, cuando yo me acerco a dichas cruces, me dejó amar por Él y comparto su Amor con otros muchos.

Y esto -principalmente esto- es evangelizar.

3. **El lenguaje del anuncio no se inspira en saberes aprendidos**

Se trata de *un saber divino y secreto* (1 Cor 2,7), cuya fuerza no es la elocuencia de los abundantes conocimientos intelectuales, de sutiles razonamientos demostrables, sino la del balbuceo del Espíritu (*hermanando lo espiritual con lo espiritual*, íb 13). Dicho de otra manera: no es posible reducir ni encerrar el misterio de la Salvación en el lenguaje de conceptos y razonamientos. Siempre la luz de su Verdad será más grande que la capacidad comunicativa de todo lenguaje humano. Y las palabras siempre lo traicionarán o tergiversarán en algún modo y medida.

Pero, si tenemos experiencia de Dios en Cristo, dicha experiencia inspirará un lenguaje distinto, la mayoría de las veces nada elocuente (brillante), pero siempre capaz de contagiar (despertar interés por) la experiencia que lo traspasa.

La vivencia personal, con poder de transformación para mi vida, de que Dios me ha salvado en la Cruz de Cristo, comunicándome la sublimidad de su Amor para el tiempo y la eternidad, engendra en quienes la experimentan el único lenguaje con eficacia evangelizadora.

El que no ha quedado asombrado, literalmente estremecido en las raíces de su ser, por la tremenda sacudida del Amor de Dios, no es apto para la evangelización, por mucha preparación teológica y técnico/pastoral de las que pueda ser portador.

La evangelización que se lleva a cabo en el Espíritu, por tratarse de un *saber divino y secreto*, no puede el evangelizador manejarla a su antojo o manera, antes bien, ha de estar dispuesto a que dicho saber lo maneje -lo mueva- a él.

Antonio López Baeza